

gabriel careaga

el poder autoritario

En la tradición política conservadora y antidemocrática del país, la simulación y la parodia han sido una de las constantes en el ejercicio del poder público. Santa Ana y Díaz Ordaz resumen como pocos las características irracionales y autoritarias del poder. Son la representación de la simulación de querer expresar y hablar a nombre del pueblo y en realidad estar hablando, en el mejor de los casos, a nombre de sí mismos. Son la parodia de una república de ficción donde la democracia y la vocación revolucionaria del pueblo mexicano sirven de pantalla para ocultar la dictadura apoyada en la represión y en la corrupción política.

Los trágicos acontecimientos de 1968, que no han sido olvidados, mostraron el autoritarismo y la represión política del sistema encabezados por el presidente Díaz Ordaz. Hoy vuelven a ser objeto de la atención de la opinión pública democrática, como consecuencia de su nombramiento como embajador en España. Esto no tiene lógica dentro de la tradición democrática, ya que las relaciones diplomáticas con España franquista se rompieron precisamente porque era un gobierno que no estaba legitimado. Y es, precisamente, la falta de legitimidad una de las características políticas de lo que representó

o representa Díaz Ordaz. Es decir, la forma extrema de la violencia es uno contra todos, como lo ha dicho Han Arendt. En el enfrentamiento de la violencia contra la violencia, la superioridad del gobierno ha sido siempre absoluta. Pero esta superioridad dura mientras se mantiene intacta la estructura del poder del gobierno. Es decir, que dura mientras las órdenes se obedecen y el ejército y la policía están dispuestos a usar sus armas al servicio del gobierno. En cuanto deja de ser así, la situación cambia totalmente.

El poder no necesita justificación: es inherente a la existencia misma de las comunidades políticas, lo que requiere es legitimidad. El triunfo de la violencia sobre el poder se hace más evidente cuando el terror se emplea para mantener el dominio del poder, es decir, cuando éste ha perdido la legitimidad. En suma: en términos políticos no basta aseverar que violencia y poder son lo mismo. Violencia y poder son contrarios: donde la una domina por completo el otro está ausente. La violencia puede destruir al poder, pero es absolutamente incapaz de crearlo. La forma de poder que ejerció Díaz Ordaz fue irracional y autoritaria porque no estaba legitimada por las mayorías democráticas. Sus apoyos fue-

ron los empresarios nacionales y extranjeros, los periódicos y políticos más reaccionarios del país. Estos grupos de presión dieron la imagen de que en México no había problemas, que había desarrollo y crecimiento económico, que en realidad beneficiaba a un pequeño sector a costa de la miseria y la represión política para la mayoría. De esta manera, el autoritarismo presidencial se expresó al imponer un poder político y antidemocrático pese a todo tipo de consecuencias negativas para el país, bajo los principios de orden y autoridad. Principios políticos que, por supuesto, sólo favorecían a la iniciativa privada y a la rapacidad de la burocracia política que utilizaba la infraestructura económica del estado para su propio beneficio.

Alguna vez Díaz Ordaz dijo: "La inversión pública no compite con la inversión privada ni trata de suplantarla. La sustituyen materias básicas reservadas expresamente por la Constitución o cuando la iniciativa privada no quiere o no sabe concurrir a renglones donde el país necesita la inversión". Díaz Ordaz obró como miembro de la iniciativa privada dejando que ésta dictara no solamente la política económica, sino social y educativa. En el periodo de Díaz Ordaz se estimuló la represión política anticomunista a través de dos diarios cuasifascistas como eran El Heraldo y El Sol de México. Hubo un crecimiento económico vía el endeudamiento exterior, la inversión extranjera, congelación de salarios a los obreros y a la clase media. Y, por supuesto, una detención de la reforma agraria en términos colectivos.

El crecimiento de la inversión extranjera, sobre todo la norteamericana, corrobora las buenas relaciones que hubo entre Díaz Ordaz y los Estados Unidos. En el curso del gobierno de Díaz Ordaz las industrias de maquinaria pesada y empresas alimenticias, antes nacionales, pasaron al control de los inversionistas extranjeros. Como lo dicen en su excelente estudio **El Poder de los Presidentes**, Bertha Lerner y Susana Ralsky: "La inclinación de Díaz Ordaz hacia los empresarios e inversionistas extranjeros afecta negativamente a los empresarios nacionales, ligados a empresas medianas o pequeñas que no pueden competir. Estos empresarios se enfrentan a grandes corporaciones multinacionales que tienen una gran capacidad tecnológica. Quedan, por tanto, relegados a las áreas menos dinámicas de la economía, mientras que la producción de los bienes de consumo más complicados, así como la de los bienes de capital, es monopolizada por las grandes corporaciones multinacionales. Esta situación explica la posición nacionalista del em-



presario mediano y la crítica expresa hacia el gobierno de Díaz Ordaz desde la organización patronal que tradicionalmente aglutina a tal fracción: la cámara nacional de la industria de la transformación".

Es también ya un hecho histórico que durante el sexenio de Díaz Ordaz, la agresividad y la inflexibilidad del sistema político funcionaron como sustitución de la discusión política, del razonamiento y de la democracia al perseguir y encarcelar a todos los disidentes que participaron en los acontecimientos políticos de 1968. El expresidente se equivoca cuando habla de conjuras, alborotadores y curiosos dentro de un proceso que en realidad expresaba la crisis del desarrollismo y del partido político en el poder, y que a pesar de la invocación a la Constitución, a los héroes nacionales, a la democracia, respondió a los problemas políticos con una masacre del pueblo mexicano. Por eso, a medida que se reflexiona y se analiza el nombramiento del expresidente como embajador en España, no se tiene una respuesta lógica ni racional. En realidad expresa una vez más los síntomas de un poder al que no le importa estar legitimado por la mayoría de la opinión pública democrática.